



El realismo mágico de Juan Rulfo y su paralelismo con Caballero Bonald

Gaspar Sánchez Salas

*Fundación Camilo José Cela
Madrid, España*

Resumen

El presente texto trata sobre el paralelismo de dos autores que han cultivado magistralmente el llamado “Realismo Mágico”, desde dos ópticas distintas y en dos países diferentes pero con líneas convergentes, Juan Rulfo en México y Caballero Bonald en España. Relaciono las obras más relevantes de ambos deteniéndome minuciosamente en la técnica empleada por los dos escritores y muestro ese –a mi entender– paralelismo tratando de llegar a conclusiones que considero curiosas e incluso interesantes para cualquier lector amante de la literatura hispánica. Trato en mi artículo el tema de la muerte en ambos literatos, el tema geográfico, el tiempo, la psicología de algunos personajes... Caballero Bonald es el máximo exponente de la llamada Generación de los 50 en España, injustamente infravalorado –a mi entender– a pesar de que ha cultivado como nadie ese género sin parangón: el mencionado Realismo, con tintes realmente sutiles y personales que le otorgan una inigualable originalidad, aunque también es cierto que algunos de esos tintes pueden poseer rasgos coincidentes en algunos aspectos, que dejo perfectamente reflejados en este ensayo, con el gran escritor mexicano Rulfo. El resultado es el ensayo que os doy y que me sirve como base para seguir profundizando en este sentido.

Palabras clave: Realismo mágico, tema de la muerte, tema del tiempo, paralelismo, convergencias.

The Magical Realism of Juan Rulfo and its Parallelism with Caballero Bonald

Abstract

This text deals with the parallelism between two authors who have majestically cultivated what is referred to as "Magical Realism", but from two distinct perspectives and in different countries, (Juan Rulfo in Mexico and Caballero Bonald in Spain), but with convergent aspects. The article relates the most relevant works of each author in minute detail as to the techniques employed by each author, and demonstrates the parallelism (as understood by the researcher) in an attempt to reach conclusions that are both curious and interesting for any reader of hispanic literature. In this article the theme of death is dealt with from the perspective of both authors as well as the themes of geography, time, and character psychology. Caballero Bonald is the maximum representative of the so-called 50s generation in Spain, and is unjustly underestimated (in the opinion of the researcher) even though he has cultivated this medium better than anyone else: this so-called Realism, with a subtle personal slant which gives it an un-paralleled originality. However there are some details of these slants that coincide in some aspects, explained in this paper, with the great Mexican writer Rulfo. The result of this essay is to serve as a basis for further research in this same vein..

Key words: Magical realism, the theme of death, the theme of time, parallelism.

En los relatos de Rulfo, el conflicto central descansa en el poder de la propia vida, incluso más allá a través de la aplastante posibilidad de la inmortalidad. Sus personajes están fundidos a la geografía como se funden las ciudades en la niebla. Pocos de sus protagonistas tienen contornos nítidos, la riqueza de ellos proviene de la más primitiva natura-

leza, son seres en la más pura intuición, aterrorizados y, sin embargo, vivos a pesar de sí mismos, tienen formas borrosas, creyentes al extremo en supersticiones, viviendo en pleno ensueño. El color de la obra de Rulfo es el de la hora en que se une el atardecer a los primeros jirones de la noche, donde todo parece milagrosamente vivo. Sus protago-

nistas se mueven con naturalidad entre las sombras y la luz infernal. A mi parecer, en nuestro idioma español, sólo es posible encontrarle paralelo con el escritor andaluz José Manuel Caballero Bonald y con el propio García Márquez, aunque éste último merecería la atención de todo un artículo monográfico aparte sobre su extensa obra y su manera personal de tratar esta tendencia literaria.

La habilidad de Bonald y Rulfo para entrar en el “más allá” y moverse en el inframundo con absoluta libertad es análoga. Es raro otro autor con ese toque mágico, con esa vibración misteriosa, en que lo irreal alterna sobremanera todo lo que roza, y esto sin recurrir a desorden alguno o intencionado caos: su mérito está, además, precisamente en lograr esta conexión entre lo que es y lo que no es en manera absolutamente lógica y racional, o sea, el de ellos es el prodigio de crear una estructura ordenada del desorden, un mundo que sobrepasa las fronteras de lo racional, conjugado con un poder invisible, con un alma explicada por simples datos reales: el “realismo fantástico”, si bien, debemos apuntar que en la obra de Caballero Bonald se alterna uno y otro realismo, el llamado “social” y el llamado “mágico”.

Lo real y mágico en la literatura rompen con la convención de man-

tener al tanto al lector. Los protagonistas-narradores no cuentan la historia completa, sino que viven impulsados por el recuerdo incesante o por el estímulo de la circunstancia. Lo vemos, por ejemplo, en *Ágata ojo de gato* (1974) de Bonald, novela de intención y desarrollo complejos que ofrece multitud de lecturas. Desde una representación mitológica de la condición infrahumana que enmarca a los condenados de la tierra en una zona recóndita de Andalucía, hasta el ritual de una venganza perpetrada por esa propia tierra contra sus fraudulentos dominadores; desde la fusión de la historia y la leyenda en una misma época de lo extraordinario, hasta la explosión lírica de la tensión entre un espacio terrenal, la marisma, y un tiempo sin futuro, circular, cíclico, “como el de las olas o como el del viento que desplaza los médanos sin alterar el contorno del lamedal”. La estructura narrativa subraya lo cíclico: las tres generaciones de personajes se hunden repitiéndose, reviviendo su destino en una tendencia irresistiblemente fijada hacia la descomposición. Nadie escapa al círculo, ni los que incorporan la historia al tiempo ahistórico de los Lambert, como Clemente, ni ese personaje amargamente distante que aparece en el prólogo, cuya identidad queda desvelada al final. El propio autor en una entrevista que me concedió hace

algún tiempo hablaba de esa novela en estos términos: “la novela es una historia lineal de pasiones salvajes con un matiz legendario sustituyendo la realidad por la mitología, yo ahí creé un mundo, que es a lo que aspira todo autor. [...] Manuela es el eje central de Ágata, es el símbolo o la alegoría que devora a quien pretende usurparla, es el mito de la tierra madre. Manuela es un personaje que me fascina, me pasaron cosas raras con ella, después de inventarme algunas cosas sobre culturas populares del Coto de Doñana, me enteré con posterioridad que era verdad que ocurrían, incluso conocí un personaje que andaba medio desnuda por Sanlúcar que podría ser perfectamente mi personaje, Manuela”.

Por otro lado, como en el caso de la obra de Rulfo, *Pedro Páramo* (1955), muchas acciones quedan ocultas en el pasado de la narración, por lo que, o bien se obvian o se insinúan fugazmente; sin embargo, lo que ignoran los personajes de Bonald y de Rulfo, lo que no recuerdan o no consideran importante relatar, ocupan su propio espacio en la historia; son estos vacíos o huecos, esos “hoyos negros” –si se nos permite expresarlo así– lo que los hizo novedosos, porque están inventados en forma tal que de inmediato se presintió que añadían un nuevo misterio a las letras. Por esta indeterminación que plantean los vacíos ne-

gros, tanto en la obra de Juan Rulfo como en la de Caballero Bonald, es la razón del desconcierto que produjeron uno y otro al editar sus obras antes de que formalmente se hablara de realismo fantástico, cuando la crítica se preguntaba: “¿Dónde ubicar estas obras?”. Luego se supo: en todas partes y en ninguna. Pero, al margen de este mecanismo, de lo más interesante, se debe sumar el fatalismo con que los protagonistas de Juan Rulfo y José Manuel Caballero Bonald aceptan su destino, de allí viene que la muerte aletee siempre entre sus páginas, la muerte que ellos ven como desplazada en la memoria, como arrinconada, como lo ineludible, y a lo que no se debe dar vueltas.

En “Anacleto Morones”, uno de los cuentos que forman *El llano en llamas*, leemos: “Por eso, al pasar Remigio Torrico por mi lado, desensarté la aguja y sin esperar otra cosa se la hundí a él cerquita del ombligo. Y allí la dejé... Hacía mucho que no me tocaba ver una mirada así de triste y me entró lástima. Por eso aproveché para sacarle la aguja de arriba del ombligo y metérsela más arriba...”.

Los creadores del realismo fantástico tienen una visión del mundo que siente la muerte como realidad cotidiana. El hacha de la muerte está por todas partes. Juegan con la muerte a las escondidas, la ignoran

y se ríen de ella, pero la temen. Rulfo dice que en *Pedro Páramo* todos los personajes están muertos: “La historia comienza narrándola un muerto que le cuenta a otro muerto, es un diálogo entre muertos en un pueblo muerto”, y en *Dos días de septiembre*, Caballero Bonald afirma que Joaquín, obrero que lucha por la supervivencia de su familia y la suya propia, buscó su propia muerte, tal como vemos en las palabras del autor: “Joaquín buscó su propia muerte en mi libro al ser aplastado por una pipa de vino, yo no pude hacer nada por evitarlo, los personajes se rebelan al autor y deciden por sí mismos su destino”. Lo mismo se puede apreciar en su otra obra, *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (1981), en la cual el viejo Lestra muere en extrañas circunstancias perseguido por gente indigna, así vemos siempre presente el tema de la muerte.

Este aspecto de sus literaturas es cierto que, al margen del folclore, denuncia esa forma del ser marginado del siglo XX, que vive con extrema cortesía y como mirando su propia muerte. Vive así en forma pura y directa, campeando el mito en su mundo. Pero, digámoslo, no se trata aquí del pensamiento abstracto que atribuye fuerzas sobrenaturales a los fenómenos físicos y que inventa prodigios. No. Los personajes de la literatura del realismo mágico vi-

ven naturalmente los prodigios, sin intentar explicárselos a ellos mismos ni explicármolos a nosotros, los lectores. Simplemente son seres que viven en estado de magia. Quizá sea ésta una de las razones de que ninguno de los personajes que frecuentan las páginas de Rulfo y Caballero Bonald nos sean antipáticos; hay en ellos una ingenua humanidad, tan auténtica, que duele ver cómo se destruyen a sí mismos, ignorantes de cualquier esperanza, porque parece que ninguna posible salvación está aún al alcance de ellos. Hay una imagen, al respecto, en uno de los cuentos de *El llano en llamas*, en “¿No oyes ladrar los perros?”, en la que Rulfo relata cómo un señor anciano lleva a su hijo a cuestras para salvarle la vida; lo lleva atado a un cinto que afirma desde su frente, sobre sus hombros, con gran esfuerzo, mientras en el trayecto lo recrimina:

“Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, cuando se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que tiene usted de mí, la parte que a mí me tocaba la ha maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le dí!” Lo dije desde

que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente...”

La visión de Rulfo es la de quien piensa que el presente anula cualquier esperanza posible que se soñó en el pasado. Para Rulfo es trágico el presente, es un gran desencantado, al igual que Caballero Bonald, a su manera, por supuesto, sin embargo, en ningún momento cortan la posibilidad de lo mágico en la vida, como ese rayo de luz que penetra en lo más profundo de la oscuridad, haciéndose único, vivísimo. El trabajo de ambos escritores, asimismo, evidencia una de las teorías que en el ámbito de la cultura tiene mayor solidez: la que sostiene que sólo lo auténticamente nacional puede ser universal; y sólo lo que alcanza valor universal puede expresar lo nacional. La obra de Rulfo transcurre en el México más profundo, que es el México rural. La obra de Bonald, a su vez, transcurre en los campos del sur de Andalucía, en Salúcar de Barrameda y Jerez de la Frontera, en Cádiz, tierras que vieron nacer al escritor, escenario maltratado y golpeado por la dureza de los campos sembrados de vides y por el hambre, por la lucha de clases, pero al mismo tiempo uno de los lugares más “mágicos” de la soleada España.

Ambos escritores usan elementos atmosféricos sumamente propios para marcar la disociación de la

vida: Rulfo el calor y Bonald, además, el viento del Levante y la tormenta. Es posible que los jóvenes aprendan hoy más de estos libros que en muchos de los textos de historia. En pocos casos puede verse con exactitud que la creación artística no es sólo la expresión de una necesidad humana, sino también el rescate mismo de la vida enfrentada a la naturaleza más primitiva. Un rescate que los creadores del realismo fantástico lograron con prosa sencilla, clara, directa; una prosa que no se anda por las ramas sino que va de frente a la raíz; incluso utilizando palabras, formas y giros incorrectos que usa el pueblo, pero legítimamente al servicio de la expresión.

A los creadores del realismo fantástico se les ha criticado desde diversos ángulos. Tanto a Rulfo como a Bonald se les ha intentado definir, describir y encasillar, pero quien los toca tiene la sensación de iniciar un camino cuya dirección no lleva a ninguna parte: tan amplio es. Como escritores, no son místicos, porque sus personajes no encuentran más destino o redención que penar eternamente en el infierno de sus páginas. En este sentido son magos de la Tierra, tristísimos, pero de la Tierra. La diversidad de interpretaciones que se han hecho de sus obras, van desde complicadas estructuras lingüísticas hasta análisis sociológicos,

pasando por relaciones mitológicas y del alma y juegos con el tiempo.

En *Pedro Páramo* dice Rulfo: “El padre Rentería se acordará muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir”, logrando una de las frases insuperables de misterio por un manejo del tiempo inusual. Digamos que este juego con el tiempo no es meramente casual, sino que obedece a la acumulación desordenada de la memoria, al sentido de la supervivencia, a la lucha sin fin; con este plan intencionadamente desordenado; entonces, Rulfo logra crear, en primer lugar, una naturaleza viva, que implica en sí un conflicto existencial. ¿De dónde proviene esta técnica novedosa del tiempo detenido y que Caballero Bonald aplicará a su obra sin igual? Rulfo dice: “Eso fue un experimento. Tal vez con influencia de autores nórdicos, los he leído mucho”. Sabemos que el sentido del tiempo es una inhibición para impedir que todo suceda de una vez, pero en Comala esto deja de tener sentido, y las acciones se suceden alternativa y simultáneamente. Todo se repite, todo se inicia nuevamente, de manera circular, porque, de alguna manera, es siempre hoy; leemos lo que está ocurriendo en el momento porque los personajes están condenados a la vida eterna. En el caso de *Dos días de septiembre* de Caballero

Bonald, vemos que el título ya es indicativo, la acción transcurre lentamente en tan sólo dos días del mes mencionado, en este breve período se narra la vida de todos los habitantes de un pueblo andaluz de abolengo vinatero.

Rulfo y Bonald escriben por intuición, por inspiración, pero atendiendo minuciosamente a una técnica cuidada, son creadores natos, cultivadores de un género literario que recrean con personalidad, con un cierto, curioso y atrayente paralelismo a pesar de las fronteras. Nadie más escribe así, quizá por eso Rulfo, como Caballero Bonald, no tienen discípulos: simplemente crearon una escuela que los estudia y que hoy influye en la literatura universal, aunque pocos han logrado apenas el brillo que refleja su hermosísima prosa, la belleza de sus palabras sólo es posible compararla a la inmensa humildad de sus personas. Son pocas las páginas de sus libros, pero en ellos la palabra “poco” no se debe entender en su sentido cotidiano; “poco” aplicado a Rulfo y Bonald, adquiere un significado distinto, refleja la idea de excelsitud, de lo escaso por singular; digamos que ellos lograron conocer el tamaño de la perfección.

Desde su aparición, en 1955, hasta ahora, *Pedro Páramo* se ha convertido en guía evidente de una tradición, de aquella muy expresamen-

te considerada la América profunda, ya desaparecida o en vías de hacerlo, la vida rural desintegrada por la escasez de medios, el olvido del centro y el fanatismo. Rulfo conocía estos elementos porque él formaba parte de ese medio, sabía cómo eran quienes lo habitaban, pero nada más.

El paisaje en que hace deambular a sus personajes es pieza clave en este mundo fantástico, y su veracidad no se puede discutir: son las tierras que rodean los pueblos de cualquier comarca de Latinoamérica; como anécdota en Rulfo, su geografía es, además, desnuda, árida, sin agua, envuelta en un calor que abraza todo.

“Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo”. Así inicia su novela, citando a Comala, un pueblo cuyo origen está en el comal, ese recipiente de barro que se pone sobre las brasas y donde se calientan las tortillas, un brasero, símbolo infernal por el que deambulará Juan Preciado, el héroe en búsqueda de sus orígenes. Entonces, la creación inicia allí, en Comala, “sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno”. Sabemos que su madre, que está muerta, es quien mandó a Juan Preciado a buscar a Pedro Páramo: “No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro... el olvido en que nos tuvo... cóbrasele caro”, le dice, y a

eso llega a Comala, a ese lugar donde parece que no habita nadie. La novela inicia, entonces, en dos mundos diferenciados: el Comala que recuerda la madre, el que ya no existe, y éste, un pueblo fantasmagórico, el que descubre Juan Preciado. Estos dos pueblos crean el lugar de espanto en que transcurre la narración, que es un reflejo terrenal de la transformación de las cosas, una imagen de la realidad impalpable de nuestro mundo. Es, según la visión de Rulfo, el purgatorio en vida, porque Pedro Páramo narra la peregrinación de un alma en pena, que busca realizar una ilusión, la de entroncar con sus orígenes. Como la madre le “dio sus ojos para ver” así como “la voz de sus recuerdos”, tiene el héroe vista, oído y memoria prestados; de ese modo, él mismo es dual, su madre –lo que fue– y él –lo que es–, tal como aquellos seres poseídos por una fuerza invisible. Entramos a Comala, pues, de la mano de una circunstancia ambigua, ya física, ya metafísica. Tal será, desde ahora, el clima: inconsútil y, paradójicamente, concreto. La parición de Abundio Martínez, un arriero tan pobre que ni carreta tiene para atravesarnos el río de polvo es, en honda medida, quien anuncia el círculo terrible que envuelve a Comala. Por su parte, en *Dos días de septiembre*, los personajes pobres también aparecen fielmente reflejados. Lucas y Joaquín

buscan desesperadamente medios de subsistencia, empezando por robar uva, hasta que consiguen trabajo en la finca de Valdecañizo donde Joaquín muere aplastado por la pipa de vino. En plano diferente tenemos las actividades de los hijos de los dueños y capataces de las fincas que, ayudados por el hastiado y resentido Miguel Gamero, se preparan a extraer de las bodegas una partida de pipas de vino. La narración se embellece mediante la observación y descripción de la naturaleza y de los fenómenos atmosféricos, lo que constituye uno de los mayores logros de la novela. Se trata de breves observaciones que en una determinada línea ofrecen un aspecto del campo o la impresión que crea en el

ánimo del que lo contempla. Las observaciones se refieren con frecuencia a la viña.

Así, pues, vemos cómo Juan Rulfo y Caballero Bonald son dos grandes entre los grandes representantes de las letras hispánicas y universales, los dos cultivan ese realismo mágico con su personalidad propia y en esos años de combate en que hacían de cada escritor una esperanza sin importar el espacio geográfico, sólo tenían algo en común: un idioma que les servía de útil para plasmar su respectiva genialidad basada en sus propias experiencias comprometidas con el único fin de proyectarlas hacia la posteridad a través de un simple y a la vez bello texto narrado.

Textos consultados:

Pedro Páramo y el Llano en Llamas de Juan Rulfo
Ágata de Ojo Blanco de Caballero Bonald